PÓRTICO

LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA CONOCIDA Y HECHA VIDA

Perfil del profesor Enrique de la Lama

Nosotros, los humanos, necesitamos convenciones que nos permitan señalar un comienzo y un final a lo que, si está lleno de vida, no depende en absoluto de nuestra voluntad. Algo de esto se halla en la base de los usos y costumbres con que conmemoramos la culminación de la carrera académica de los profesores: no señalan el broche de oro, ni el broche de nada, porque la vida intelectual de los homenajeados no sólo no termina sino que sigue siendo *vida*, síntesis de energía y experiencia, impredecible en sus logros futuros.

Así que debemos ser fieles a esas convenciones que tantas veces son testimonio no de convencionalismos educados pero hueros, sino muestra –reglada en cuanto al momento de hacerla, como si se dijera que ya no se debe esperar más– de reconocimiento, y afecto de colegas, amigos y también de las Instituciones en las que se ha servido al saber y a quienes en ellas han recibido su formación.

La obra a la que estos párrafos sirven de introducción responde deliberadamente a una de estas estupendas «convenciones» que expresan agradecimiento y merecido homenaje. Se trata de una obra y de un autor, el profesor Enrique de la Lama Cereceda, al que –con motivo de su 70 cumpleaños– casi se ha «forzado» a que nos ofrezca en este volumen una selección de trabajos suyos representativos de sus intereses históricos, teológicos y pastorales a lo largo de sus años de profesor e investigador en la Facultad de Teología.

Las líneas que siguen no tienen otra función que servir de pórtico que ayude a situar y comprender las circunstancias en las que se ha movido el profesor de la Lama, y los desempeños que ha asumido en su vida de sacerdote y profesor.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Su historia

> «Hay algo imparticipable y entre las cosas más imparticipables están los acontecimientos espirituales, la historia de la propia alma. Yo tengo mi propia historia» (E. de la Lama, 1994).

La historia de Enrique Miguel de la Lama Cereceda comenzó en Logroño, ciudad en la que nació el 23 de mayo de 1936, en el seno de una familia santanderina que había llegado a la capital riojana apenas un par de años antes. Fue el último de los nueve vástagos –siete hijas y dos hijos– de D. Enrique de la Lama y del Arenal y de Dña. María Teresa Cereceda Gargollo. La familia se asentó en Logroño desde el primer momento aunque el destino del *paterfamilias* varió desde el cargo inicial de Director de la Enológica de Haro, pasando por el de Ingeniero en Jefe de la Jefatura Agronómica de la provincia de Logroño, hasta el de Inspector General del Cuerpo de Ingenieros Agrónomos, con destino en Madrid. Con el paso del tiempo, los hermanos mayores de Enrique Miguel formaron nuevos hogares alegres y numerosos. D. Enrique y Dña María Teresa contemplaron con felicidad a 41 nietos.

La primera enseñanza la recibió Enrique en los escolapios de Logroño, según la tradición instaurada por su padre y seguida por su hermano Juan Antonio que se habían educado con los escolapios de Villacarriedo. Enrique ingresó siendo niño en el Seminario Conciliar del Salvador, de Logroño. La idea del sacerdocio –idea que más tarde adquiriría el nombre verdadero de «vocación»– contaba con precedentes venerados en la familia. Desde el siglo XVI –había oído decir– siempre había habido un sacerdote en cada generación de los Cereceda; y a partir del XIX, el número se elevaba a dos. D. Juan Antonio de la Lama y del Arenal, hermano de su padre, se había ordenado «a título de patrimonio» y era conocido por las publicaciones catequéticas de las que era autor (su actividad publicista se extendió también al mundo de la radio, sobre la que publicó dos libros). D. Luis Cereceda Gargollo, hermano de su madre, fue párroco de Vargas, junto al río Pas, y después de Astillero. Murió a consecuencia de las penalidades del cautiverio sufrido durante la guerra en razón de su condición sacerdotal.

De sus primeros años nos ha dejado algún recuerdo: «Recuerdo también que, cuando en el Seminario de mi diócesis –podría tener 12 ó 13 años–, se nos preguntaba en pláticas o meditaciones: ¿qué quieres ser tú? ¿a qué has venido al Seminario? ¿a ser sacerdote? –Pues ¡no! Sino a ser sacerdote santo. Has venido a ser sacerdote santo. Se nos leía *El Sacerdote santo* de Dubois. Se nos ponía delante el ejemplo de los héroes cristianos,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

se nos hablaba del Cura de Ars, crecía la devoción al santo Maestro Avila, y se decía con orgullo –tal vez necesitado de cierta rectificación– que la vida sacerdotal santificaba tanto como la vida religiosa».

Después vino Comillas. El obispo de Calahorra había sido desde 1927 D. Fidel García Martínez, hombre dotado de una inteligencia preclara y de una notable visión de futuro. D. Fidel, que conocía Comillas por haberse formado allí él mismo, enviaba cada año a esa Universidad Pontificia a alguno o algunos de los alumnos que terminaban los estudios de Filosofía, para que realizasen allí los estudios teológicos y obtuvieran la licenciatura. D. Abilio del Campo, que acababa de llegar a la diócesis en 1954 continuó la misma costumbre, a pesar de que su simpatía iba más hacia Salamanca. Y según esa norma el joven estudiante se trasladó en 1955 a la Universidad Pontificia de Comillas, y experimentó desde el primer día como el encuentro con una natural *Alma Mater* que le esperaba y donde todos los rincones le hablaban. Comillas sería evocado más tarde de la siguiente manera por Enrique: «Recuerdo los cuatro años que pasé en Comillas como cuatro años preciosos de mi vida. Para mí los cuatro años que precedieron a la Ordenación sacerdotal fueron extraordinarios como experiencia de juventud y de libertad auténtica. Aquello merece un agradecimiento muy profundo. He encontrado luego muchas personas que estudiaron en Comillas que lo recuerdan con grandísimo cariño. ¿Qué había allí? Mucha gente. Mucha gente. Muchos que iban a ser sacerdotes. Gentes de todas las diócesis de España y también de otras de fuera de España: de América y de Filipinas, sobre todo. Gentes muy distintas. Mucha juventud. Y había allí un Padre espiritual que había conseguido, porque era un santo, poner aquello hirviendo. Así y allí, eran muchos por entonces los que deseaban sinceramente ser santos. Por aquellos años yo oía hablar de santidad sacerdotal muy intensamente. La diferencia con lo que yo había oído hasta entonces era seguramente la intensidad y también –creo– la calidad de la llamada al compromiso de entrega y la autenticidad. Sólo por eso valía la pena haber llegado allí».

El 29 de marzo de 1959 Enrique fue ordenado sacerdote en Comillas por el entonces nuncio en España Hildebrando Antoniutti. Ese mismo año, fue nombrado formador y profesor del Seminario Menor –más tarde lo sería del Mayor y Prefecto de Filosofía. Los años del Seminario como profesor y formador duraron hasta el año 1971.

Pero antes de entrar en esos años es preciso referirse a una circunstancia capital en la vida de Enrique de la Lama, que es su encuentro con el Opus Dei. Este hecho no se circunscribe a un momento único,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sino que se extiende con distintas ramificaciones a lo largo de varios años. En la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz D. Enrique aprendió a amar el sacerdocio y a los sacerdotes, a su diócesis y a toda la Iglesia. En adelante, su vida sacerdotal se inspiró en la figura de S. Josemaría y en su enseñanza sobre la necesidad de vivir al mismo tiempo una profunda alma sacerdotal junto con una nítida mentalidad laical.

Los años de su ministerio en el Seminario no sólo como profesor sino sobre todo como formador, especialmente como prefecto de Filosofía (1967-1971) constituyen un auténtico núcleo en la vida de D. Enrique de la Lama. «He pasado muchos años –23 años de mi vida– en un Seminario: primero como alumno y, luego, como profesor y formador; y tengo de los Seminarios un elevado concepto. Está elaborado de horas inolvidables, de amigos inolvidables. *Conmigo van* –como diría el poeta– algunos profesores y formadores, evocados siempre –y cuantos más años pasan, más– con auténtica veneración. Estoy muy agradecido a figuras sacerdotales que han pasado junto a mí a lo largo de la vida».

Se trataba de un Seminario y se trataba de aquellos años. En la década de los 60, los seminarios en España seguían manteniendo la estructura consolidada en la posguerra: grandes caserones en los que se alojaban y se formaban en el camino hacia el sacerdocio centenares de seminaristas: desde niños en sus 10-12 años, hasta los que eran ordenados cada final de curso. La disciplina era una cuestión fundamental, y la formación intelectual era muy seria en lo que se refería a las Humanidades y muy tradicional en los estudios filosófico-teológicos. El seminario de Logroño consistía en un noble edificio construído en 1929 por impulso de Mons. García Martínez, que albergaba en total a unos 300 seminaristas, distribuidos en lo que se llamaba «comunidades» (de «latinos», «retóricos», «filósofos» y «teólogos»). Allí vivían también un buen grupo de sacerdotes que se dedicaban a la formación de los alumnos o simplemente a tareas docentes. A esa «quinta» comunidad –la de los profesores y formadores del seminario– se incorporó el joven sacerdote Enrique a sus 23 años.

Los seminarios estaban llamados a experimentar una convulsión precisamente en la década 1960-1970 y especialmente a partir del Vaticano II (1962-1965). El seminario de Logroño también la experimentó. No faltaron problemas y sacudidas durante esos años; pero el ambiente general y el número de candidatos al sacerdocio no se hundió, como había sucedido en otros lugares en los que seminarios de gran solera llegaban a cerrar sus puertas. Pero no es éste el lugar para analizar esta cuestión. Se trae aquí a colación para enmarcar los primeros años de sacerdo-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cio del Doctor Enrique de la Lama. Lo que interesaba no era la batalla inmediata –que aunque dolorosa iba a ser breve–, sino la carrera de fondo de la formación de los futuros sacerdotes. Sin haber desarrollado una teoría pedagógica –nada más ajeno a su talante vital, mucho más amigo de la espontaneidad– se puede afirmar que era fiel a algunos principios prácticos: el primero era que para la formación es necesaria una relación personal, de amistad si es posible, que compromete al formador y al formando, y lleva a buscar el modo concreto del desarrollo personal y cristiano que constituye el camino de cada persona. El segundo principio es que la formación no tiene lugar en tiempos de dedicación delimitada, sino que es tarea continua y en la que no se debe ahorrar nada: los pequeños detalles inesperados que sorprenden son tan importantes como las grandes explicaciones. El tercero podría ser el de plantear la formación como un modo de ser, –en el que el formador es testigo y amigo que va por delante–, propio, original, alejado de toda idea de casta sacerdotal así como de una mundanización disolvente de lo específicamente cristiano y sacerdotal. Pongamos un punto final a estos principios –que podrían prolongarse mucho más– con un cuarto y último: comunicar y transmitir la belleza de la vida sacerdotal en la que prima la autenticidad, el sentido ilusionante de misión, la vida interior como fuente de eficacia y sentido, y la fraternidad y amistad sacerdotales.

Roma y Pamplona

En los años como formador del Seminario, comenzó el profesor de la Lama estudios de Historia en la Universidad de Navarra. Le interesaba sin duda la historia, pero le interesaba también y le atraía el mundo de la universidad. Por eso se entiende que, cuando dejó el Seminario de Logroño en 1971, su destino inmediato fuera Pamplona y su Universidad. Sin embargo, las previsiones de futuro que por entonces pudiera hacer experimentaron un cambio radical al ser llamado a desempeñar el cargo de Consejero Eclesiástico de las Embajadas de España ante la Santa Sede y ante la Soberana Militar Orden de Malta (1972-1974). Esto suponía el traslado a Roma y más allá de esta circunstancia un cambio radical en el horizonte de su vida, al mismo tiempo que el acceso a una experiencia impensada pero cargada de interés. Durante este tiempo pudo vivir de cerca acontecimientos como la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes en España, que se había celebrado un poco antes; la celebérrima audiencia de Pablo VI a López Bravo; los intentos de reformar el Concordato y el deslizamiento hacia la fórmula de acuerdos

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

parciales; los conflictos de parte del clero con el gobierno (que culminaría, en cierto modo, en el caso Añoveros); el gran atentado contra Carrero; el «espíritu del 12 de febrero» con Arias Navarro; el Consistorio en que recibieron el birrete cardenalicio Don Marcelo González Martín y Don Narciso Jubany; el protagonismo del cardenal Tarancón; etc. D. Enrique, durante el tiempo transcurrido en Roma y con el trabajo desarrollado enriqueció su catolicidad y también el conocimiento del modo como funcionan las cancillerías civiles y la Curia romana. A su vuelta a España tras terminar su servicio en la embajada, trajo consigo abundante material documental que le sería inmediatamente útil para la redacción de su tesis doctoral sobre la nunciatura de Giustiniani en España.

Fue en 1982, y tras volver a Pamplona definitivamente después de unos años de trabajo ministerial en Bilbao, cuando defendió la tesis doctoral en Historia, que venía preparando desde hacía unos años bajo la dirección del profesor Federico Suárez. Se trataba de un trabajo meticuloso y voluminoso (el texto mecanografiado ocupaba –con sus apéndices documentales– un total de 1.500 pp., en cuatro volúmenes) que llevaba por título «La nunciatura en España de Giacomo Giustiniani (1817-1827)».

El año 1981 señala el momento de la incorporación del Dr. Enrique de la Lama a la Universidad de Navarra como profesor. Desde el principio, compatibilizó sus tareas docentes y sus intereses investigadores con una intensa actividad pastoral, particularmente en el ámbito de los alumnos del recién comenzado Ciclo I de la Facultad (en la Residencia Albáizar y en el Colegio Mayor Echalar).

En lo que se refiere a la investigación histórica, contaba con un punto de partida en la tesis sobre Giustiniani. Pero muy pronto apareció en su horizonte otra figura histórica que desplazó el interés por el antiguo nuncio en España para momentos más propicios. El personaje que pasó a ocupar el centro de sus intereses históricos fue Juan Antonio Llorente, singular protagonista de la Ilustración española, que presentaba varios títulos para despertar el interés del profesor de la Lama. Era, en primer lugar, un clérigo de su misma diócesis de Calahorra, nacido en la localidad de Rincón de Soto, canónigo de la Catedral de Calahorra, posteriormente atraído por las nuevas ideas, afrancesado y crítico feroz de la Inquisición española. Pronto las investigaciones iniciales cuajaron en una segunda tesis, en este caso en la Facultad de Teología, especialidad de teología histórica. El director del trabajo fue en esta ocasión otro ilustre historiador, el profesor José Orlandis. La tesis, que llevaba por título «Juan Antonio Llorente en España. Su vida y su obra hasta

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el exilio en Francia. 1756-1813» fue defendida en 1986, recibiendo el premio extraordinario de Doctorado. Tras alguna reelaboración, pronto apareció como libro: *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)*, Ediciones Universidad de Navarra (Pamplona 1991).

En adelante, el interés de Enrique de la Lama por la figura de Llorente sería constante. Como lo muestran los trabajos que siguen: edición crítica, con un estudio preliminar y notas de Juan Antonio Llorente, *Discursos sobre el orden de procesar en los Tribunales de Inquisición*, (1995); *El «Reglamento para la Iglesia de España» de Juan Antonio Llorente*, (1997); *Llorente. Retrato a vuela pluma*, (1999). Una aportación especialmente relevante a la historiografía llorentina fue la publicación, en 2003, de la ejecución notarial testamentaria de Juan Antonio de Llorente cuyo manuscrito había encontrado durante una etapa de investigación en los archivos históricos de Paris (Archives de France y Archivo del «Hotel de Ville»). El testamento de Llorente se hallaba depositado en el archivo de Notarías de Paris. La edición de este importante documento apareció con el título *La sucesión a los bienes de Juan Antonio Llorente en París*, con un amplio estudio preliminar y abundantemente documentado en notas.

La especialización en algunos temas ha significado concentración y examen desde diversos ángulos de personajes e historias poliédricos, pero nunca olvido de las cuestiones más amplias. Desde la pregunta por *Qué es la historia de la Iglesia?* que fue el tema del XV Simposio Internacional de Teología, del que fue co-director, o por la evangelización a lo largo de la historia como presidente del Comité Organizador del XXI Simposio Internacional de Teología tuvo como tema *Dos mil años de evangelización. Los grandes ciclos evangelizadores 2001*, hasta temas más particulares de la historia moderna y contemporánea de la Iglesia.

Para el profesor de la Lama los temas que estudia nunca son asuntos que hay que tratar rápidamente para salir del paso y tener una publicación más en su currículo. Si algo no logra captar su interés, simplemente no se ocupa de ello. Por el contrario, si al acercarse a cualquier cuestión descubre vetas que prometen mayor conocimiento, algo que aclarar o aplicación de la historia a la actualidad, entonces se pone de lleno a estudiarlo, sin perdonar esfuerzo ni dejar nada en un claroscuro cómodo pero falso. Así sucedió con el concepto de Cristiandad (*En torno al concepto de «Cristiandad»* 1996), la figura del famoso abbé Gregoire (*L´abbé Grégoire y las colonias francesas del Caribe*, 1998), o la Inquisición que es otro de los temas que le han interesado especialmente

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

(*The origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain, de Benzion Netanyahu*, 1997).

Desde la fundación de la revista «Anuario de Historia de la Iglesia», E. de la Lama ha formado parte del Consejo de Redacción como Subdirector. En Anuario han encontrado cauce el día a día de su seguimiento de la historia eclesiástica a través de iniciativas, recensiones de libros, etc. Merece la pena destacar una sección original de esa revista, en la que un historiador mantiene una conversación con otro autor a propósito de su obra y de su visión del panorama histórico y social. El profesor de la Lama ha mantenido y publicado cuatro de estas conversaciones: *Conversación en Vicente López, frente al Río de la Plata, con el Prof. Néstor T. Auza*, (1995); *Conversación en Pamplona con José Orlandis,* (1996); *Conversación con Ismael Sánchez Bella en Pamplona*, (1998); *Conversación en Pamplona con Bruno Neveu*, (2001). De todas éstas, vale la pena subrayar la mantenida con Bruno Neveu porque fue el origen de una amistad que se mantuvo hasta la muerte del eminente profesor francés en el Seminario católico de rito melquita, en el Líbano, donde se preparaba para el sacerdocio. D. Enrique conocía los planes de futuro de Neveu y le había alentado en sus propósitos.

Los escritos sobre el sacerdocio

Todo lo relacionado con el sacerdocio (vocación, formación, espiritualidad, vida sacerdotal) ha despertado del modo más natural la atención y el interés del profesor de la Lama, que no ve en esas cuestiones solamente el aspecto reflexivo y conceptual u objetos de estudio, sino realidades vividas personalmente, y encarnadas en personas concretas. Le interesa la experiencia, pero sin renunciar a la reflexión, a la teoría, si se quiere. Esta última se ha hecho especialmente necesaria durante las últimas décadas en las que las propuestas sobre el sacerdocio se han multiplicado con diversa orientación y acierto.

En 1983 publicó el trabajo *La identidad eclesial del presbítero*, en el que tomaba una postura clara a favor del relieve teológico y eclesial –de la ontología– del ministerio ordenado, frente a quienes insistían en su dimensión principalmente funcional. Unos años después apareció un boletín bibliográfico sobre la espiritualidad sacerdotal: *Espiritualidad del presbítero secular. Boletín bibliográfico* (en colaboración con L.F. Mateo-Seco: 1989), que tendría una continuación diez años más tarde en *Sobre la espiritualidad del sacerdote secular* (1999). Los autores presentaban el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

panorama de publicaciones de los últimos años y ofrecían una valoración crítica.

A comienzos de los 90 reflexionó abundantemente sobre la vocación sacerdotal, y el resultado de su estudio apareció en dos significativos trabajos: *¿Vocación divina o vocación eclesiástica? Una dialéctica superada para explicar la naturaleza de la vocación sacerdotal* (1991), y en la monografía *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación* (1994). Otros trabajos sobre aspectos diversos de la misma temática del sacerdocio fueron *El celibato, compromiso de Amor Pastoral* (1990); *Crisis vocacional en la presente sociedad* (1996); y *Hacia un compromiso fundamental* (1997).

La preocupación por el sacerdocio encontró una forma de difusión el año 2000 a través de una serie de cursos dictados en varios países de América del Sur (Perú, Colombia y México). Sus intervenciones versaron sobre *Sacerdocio y evangelización*, y fueron publicadas el mismo año 2000. En otras ocasiones ha viajado a América con la misma finalidad: La Guaira (Venezuela: 1990); Lima (1991) Abancay (Perú: 1991); Santa Ana y de Quizatepeque. (El Salvador: 1992); Sololá (Guatemala: 1993); Paloblanco (Puerto Rico: 2001); Chihuahua (México: 2006).

El presente volumen

En la obra a que estas líneas sirven de introducción, el lector encontrará dieciocho trabajos del profesor de la Lama, reunidos aquí como expresión de sus intereses científicos mayores. Ha elegido como título el término significativo y a la vez deliberadamente descomprometido de *Historiologica*. Es significativo porque a través de él se expresa ante todo una *forma mentis*. En el volumen se encuentran trabajos directamente historiográficos y otros de diversa índole. Pero se puede afirmar que también en el resto, es decir, en los relacionados con el sacerdocio o la teología, la perspectiva histórica es asumida deliberadamente, de forma que se puede apreciar la convicción profunda del autor de que la mirada histórica es siempre necesaria para acercarse a cualquier aspecto de la teología.

De acuerdo con lo anterior, el libro tiene cinco partes: la primera lleva por título «Teología histórica», y en ella destaca el amplio estudio inédito «La Madre de Jesús en los kerigmas de Pablo y de Juan». La segunda («Tránsito a la modernidad reciente») y la cuarta («Llorente frente a sí mismo) completan la serie de estudios históricos. En la tercera («Formación espiritual») se recogen algunos trabajos sobre el sacerdo-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cio y de teología espiritual y pastoral. La quinta y última («Literatura») comprende tres escritos de tema diverso pero que son a la vez estudio y ejercicio de la literatura.

Conclusión

En un texto publicado en el libro-homenaje al profesor Domingo Ramos-Lisson, escribía el profesor Enrique de la Lama el año 2000: «La "iubilatio académica" de un profesor sacerdote no se interioriza en un bergmaniano retorno a aquel rincón donde brotaban las fresas salvajes y se esbozaba el dulce amor. Más bien es el gozo ante la belleza inefable, ante la Verdad siempre más honda, la contemplación compendiosa de horizontes que remiten siempre más allá sobrepasándose a sí mismos. A ciertas alturas de la vida, la Universidad –más que otros avatares sorprendentes que hayan podido comparecer ante los ojos– puede revelarse como un venero de puro amor: recuerdos de estaciones que se han ido sucediendo, tunas, lluvias repetidas, sabidas, interminables; alegría de jóvenes, pensamiento, elevación de miras avizorando el delante de la vida. ¿Llegará alguna vez la paz perfecta –idilio inefable entre el vivir y el saber–?

El trabajo de las Letras y de la especulación necesita serenidad: mantener con firmeza el timón sin ceder al oleaje de la marea diaria. *In omnibus respice finem.* Y para ello, importa mucho el sentido. Y ¿cuál sería el sentido de una vida universitaria, si no fuese ante todo la búsqueda infatigable de la Verdad? La esencia –incluso la quintaesencia– del saber humano trasciende a saber divino; todo saber (no sólo el saber teológico) se fundamenta –en fin y en principio– en el Logos Divino.

Pero la vida universitaria busca la Verdad en un corazón de juventud inmarcesible, impulsivo, tenaz y auténtico y con frecuencia pudorosamente encubierto por un goliardesco estilo paródico. (…) la cumbre de las Letras y del progreso científico es contemplativa: consiste en enamorarse de la Sabiduría y en servirla con fidelidad».

No parece fácil intentar mejorar los pensamientos expresados por nuestro autor en los párrafos que preceden. A él se pueden aplicar con toda justicia y propiedad. Al traerlos aquí y hacerlos nuestros, rendimos un homenaje de gratitud y de reconocimiento al profesor Enrique de la Lama Cereceda cuya vida y saber han sido evocados pobremente en estas páginas.

César Izquierdo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei